

Un nacimiento único

Dr. Justo L. González



El Discípulo 1.3 (3 de 13)

Mateo 1.18-25

20 de diciembre de 2009

Tema: El nacimiento prometido**TEXTO ÁUREO**

«Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados».

—Mateo 1.21

CRISTO: EL CUMPLIMIENTO

Un nacimiento único

RVR**VP****Mateo 1.18-25**

¹⁸ El nacimiento de Jesucristo fue así: Estando comprometida María, su madre, con José, antes que vivieran juntos se halló que había concebido del Espíritu Santo.

¹⁹ José, su marido, como era justo y no quería infamarla, quiso dejarla secretamente.

²⁰ Pensando él en esto, un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: «José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella es engendrado, del Espíritu Santo es.

²¹ Dará a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados».

²² Todo esto aconteció para que

Mateo 1.18-25

¹⁸ El origen de Jesucristo fue este: María, su madre, estaba comprometida para casarse con José; pero antes que vivieran juntos, se encontró encinta por el poder del Espíritu Santo.

¹⁹ José, su marido, que era un hombre justo y no quería denunciar públicamente a María, decidió separarse de ella en secreto.

²⁰ Ya había pensado hacerlo así, cuando un ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: “José, descendiente de David, no tengas miedo de tomar a María por esposa, porque su hijo lo ha concebido por el poder del Espíritu Santo.

²¹ María tendrá un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Se

se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del profeta:

²³ «Una virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Emanuel» (que significa: «Dios con nosotros»).

²⁴ Cuando despertó José del sueño, hizo como el ángel del Señor le había mandado y recibió a su mujer.

²⁵ Pero no la conoció hasta que dio a luz a su hijo primogénito, y le puso por nombre Jesús.

llamará así porque salvará a su pueblo de sus pecados.”

²² Todo esto sucedió para que se cumpliera lo que el Señor había dicho por medio del profeta:

²³ “La virgen quedará encinta y tendrá un hijo, al que pondrán por nombre Emanuel” (que significa: “Dios con nosotros”).

²⁴ Cuando José despertó del sueño, hizo lo que el ángel del Señor le había mandado, y tomó a María por esposa.

²⁵ Y sin haber tenido relaciones conyugales, ella dio a luz a su hijo, al que José puso por nombre Jesús.

Introducción

El pasaje que estudiamos hoy incluye las palabras de Isaías que estudiamos la semana pasada. Un buen modo de comenzar la clase sería repasar lo que vimos allí acerca de cómo lo que Isaías le anunció a Acáz—y lo que sucedió en tiempos de Isaías y de Acáz—era señal de lo que Dios haría más adelante en Jesucristo (lo que en esa lección llamamos «tipología»). Si le parece aconsejable, pídale a alguien que explique esto para quienes no estaban presentes—o explíquelo usted.

Lo que buscamos en esta lección es ayudar a la clase a resistir lo que la sociedad en torno nuestro nos dice tan fuertemente acerca de la Navidad: que es tiempo para gastar lo que no tenemos; que es tiempo de comprar regalos para cuantas personas conocemos; que es tiempo para bullicios y juergas; o que el mejor modo de celebrarla es dejándonos llevar por los sentimientos que nos inundan cuando vemos un recién nacido.

Para ello, lo que subrayaremos en esta lección son dos cosas: Primero, la dimensión cósmica de lo que celebramos en Navidad. Veremos la relación entre el advenimiento de Jesucristo y la historia toda, desde la creación misma, pasando por tiempos de Isaías, y hasta aquella primera Navidad. Segundo, subrayaremos lo que la encarnación de Dios en Jesucristo implica para nuestra encarnación como iglesia y como creyentes individuales en la vida y vicisitudes del mundo.

La clase deberá terminar con una discusión concreta acerca de lo que nuestra encarnación en el mundo de hoy podría implicar. Si somos el pueblo del Dios encarnado, ¿cómo nos encarnamos hoy en este mundo al cual Dios de tal manera amó? ¿Quiénes son las personas, o cuáles los ámbitos, en nuestra sociedad que más lejos parecen encontrarse de Dios? ¿Qué responsabilidad y qué oportunidades nos plantean esas personas y esos ámbitos?

Análisis de la Escritura

Mateo 1.18-25

La semana pasada estudiamos la historia de la anunciación en Lucas. Hoy estudiaremos un pasaje paralelo en Mateo. Puesto que frecuentemente se leen estos dos pasajes así, uno después del otro, se nos oculta el hecho de que Mateo no habla del anuncio a María. Este contraste es interesante. Lucas tiene mucho más interés que Mateo en el papel de las mujeres en la historia de la salvación. Repetidamente, Lucas parea una historia o una parábola sobre un varón con otra sobre una mujer—por ejemplo, en la presentación de Jesús en el Templo, vemos las profecías de Simón y de Ana, y en las parábolas, un hombre siembra una semilla de mostaza, y una mujer esconde un poco de levadura en la masa.

El interés de Mateo en la contribución femenina es mucho menor. Vemos esto desde el principio, en la historia del nacimiento de Jesús. En esa historia, es José quien recibe la noticia de que María ha concebido por el Espíritu Santo. (Naturalmente, la narración da a entender que María estaba encinta; pero Mateo no nos dice una palabra sobre cómo respondió ella a tal situación, ni cómo la interpretó, ni cómo cantó ante lo que Dios estaba haciendo en ella.) Aquí no hay visita, ni diálogo, ni apoyo, entre María y Elisabet. Inmediatamente después del pasaje que estudiamos hoy, Mateo dice que «cuando Jesús nació...» (2.1)—y en su historia del nacimiento y de la visita de los magos María parece ser un personaje secundario. Aquí el centro de atención en la preparación para el nacimiento de Jesús está en José, y no en María.

El papel de José es importante, aunque es muy diferente del de María. José es un varón judío que está comprometido con María. La palabra «comprometido» tenía en esa época un sentido algo diferente del que tiene hoy. Hoy un compromiso matrimonial es un acuerdo entre dos personas. Ese acuerdo puede ser público o privado, pero en todo caso no tiene fuerza de ley. En tiempos de José y María, no era así. Un compromiso matrimonial era una obligación legal. El que María estuviera encinta implicaba que María había sido infiel al compromiso contraído.

PROPÓSITO

El propósito de esta lección será ayudarnos a celebrar la Navidad, no como nos instan a hacerlo las empresas comerciales o la comunicación en masa, sino como quienes de veras conocemos al Señor que nació en Navidad. Veremos que celebrar la encarnación de Dios en Jesucristo para nuestra salvación implica encarnarnos, como iglesia y como individuos, en la sociedad en que vivimos, y responder a sus necesidades y dolores en solidaridad y amor.

En tales circunstancias, lo normal era que el varón renunciara a su desposada, en una acción semejante al divorcio. Esto tendría serias consecuencias para la mujer, pues por lo menos resultaría en su vergüenza pública, y hasta era posible que se le aplicara la ley del Antiguo Testamento, apedreándola hasta la muerte. (Bajo el régimen romano, la pena de muerte no se podía aplicar de tal modo; pero se sabe de numerosos casos en los que algún pueblo enardecido aplicó las viejas leyes aun en contra de la legislación

romana. Esto puede parecer extraño, pero quien lea los diarios hoy verá que todavía hay regiones en el Medio Oriente donde, aunque se supone que la ley lo prohíba, las mujeres infieles son apedreadas y muertas.)

Cuando el texto dice que José «no quería infamarla», lo que está diciendo no es solamente que no quería que se pensara mal de ella. Está diciendo también que José no quería denunciarla, ni que se le aplicaran las terribles penas que podrían aplicársele.

Nótese que Mateo dice que José no lo hizo porque «era justo». Para muchas personas hoy, la justicia es cuestión de castigo. Decimos que «se hizo justicia» cuando un ladrón es encarcelado o cuando un asesino es ejecutado. Aquí la justicia se entiende de otro modo. La justicia consiste ante todo en fidelidad a Dios. José sabe que, aunque se suponga que él denuncie a María públicamente, esto podría tener consecuencias funestas; y por tanto, hace justicia evitando que se cumpla sobre ella la «justicia» vengativa de los humanos.

El pasaje pasa entonces a citar el texto de Isaías que estudiamos la semana pasada. Es bueno recordar lo que vimos en esa lección sobre la «tipología»—cómo el «cumplimiento» de pasajes del Antiguo Testamento no quiere decir necesariamente que las palabras fuesen pronósticos de lo que había de acontecer, sino que el modo en que Dios actuó en el pasado es señal del modo en que Dios actúa, y por tanto, tiene su culminación en Jesús, la suprema acción de Dios. Sobre esto volveremos en la «APLICACIÓN» de la lección.

Los versículos 22 y 23, que pueden parecer poco más que el fin de lo que se narra, han sido motivo de serias controversias en la historia de la iglesia. Decir que José «recibió» a María quiere decir

que contrajo matrimonio con ella. Sobre esto no hay debate. El debate gira en torno al versículo 25: «no la conoció [es decir, no tuvo relaciones sexuales con ella] hasta que dio a luz...». Durante la Edad Media, se pensaba que la virginidad era una virtud especial, y que el nacimiento virginal era importante no sólo para la historia de Jesús, sino también para la de María. María era pura, y por tanto, debió haber permanecido virgen por el resto de su vida. Por eso es que en los cuadros tra-

dicionales se pinta a José como un anciano, cuando de hecho el texto bíblico no dice una palabra sobre su edad. ¿Qué quiere decir entonces lo de que «no la conoció hasta que dio a luz...»? ¿Quiere decir que después del nacimiento de Jesús sí tuvieron relaciones sexuales? Eso es lo que parece indicar la palabra «primogénito»—y posiblemente sea por eso que algunos manuscritos la omiten. Lo mismo es cierto de las referencias a los «hermanos» de Jesús en el resto del Evangelio. En realidad, no es posible saberlo. Lo que es más, la única razón por la que tal pregunta se plantea es la insistencia de algunos en la virginidad perpetua de María. Una vez vemos que tal virginidad, real o ficticia, no viene al caso para la historia de Jesús ni la afecta en modo alguno, podemos dejar ese debate a un lado, y volver a colocar a Jesús en el centro de nuestra lectura del Evangelio.

Lo importante en esta historia es el nacimiento de Jesús. Dios interviene directamente en ese nacimiento, como lo hizo antes en los nacimientos de Isaac, Jacob, Sansón, Samuel y tantos otros. En este caso esa intervención llega a su punto culminante, pues mientras las madres de todos esos varones de antaño eran estériles, la de Jesús era virgen. La historia de la Navidad no es solamente la historia del nacimiento de un bebé, sino que es también la culminación de toda una historia en la que Dios interviene repetidamente para la salvación de su pueblo. Y, puesto que tal es nuestro Dios, tal es también nuestra historia. Nuestra existencia no es milagrosa como lo es la de Jesús; pero con todo y eso, también en ella interviene el Dios que intervino en el nacimiento de Isaac, y de Jacob, y de Samuel, y de Jesús. Veamos entonces lo que esto significa para nuestra vida de fe.

BOSQUEJO DE LA LECCIÓN

- I. La Navidad es mucho más que una época para comprar regalos y cantar aguinaldos.
- II. La Navidad es el foco de toda la historia, que fue preparación para ella.
- III. La Navidad es el foco de la vida cristiana, que es encarnación siguiendo el ejemplo de la encarnación de Dios en Jesucristo.

VOCABULARIO BÍBLICO

En el pasaje que estudiamos hay tres nombres que merecen especial atención:

MARÍA: El nombre de la madre de Jesús es el equivalente del de la hermana de Moisés, Miriam. Esta es una de las muchas señales que vemos en el Evangelio de la conexión entre la obra salvadora de Dios en Jesucristo y su obra salvadora a través de las edades.

EMANUEL: «Emanuel» quiere decir «Dios con nosotros». El nacimiento de un hijo de ese nombre fue señal para Acáz de que Dios no le había abandonado. Para nosotras y nosotros hoy, es señal de que Dios, de tal manera se ha unido a la naturaleza humana—de tal manera se ha encarnado—que es para siempre «Dios con nosotros».

JESÚS: «Jesús» es la forma griega de «Josué», que significa «Dios [Jah o Jehová] salva». Luego, en Jesús Dios está con nosotros y nosotras para salvar. El Dios que nos salva en Jesús es el mismo Dios que antaño salvó a Israel mediante Josué.

Aplicación

La historia de la Navidad es mucho más que lo que aconteció hace veinte siglos. Es también la historia de lo que Dios fue haciendo desde largos siglos antes en preparación para aquella Navidad, y de lo que Dios ha seguido haciendo en la iglesia y en nosotros y nosotras en seguimiento al natalicio que celebramos en estos días.

Cuando así vemos la Navidad, no nos dejamos llevar por los sentimentalismos ni por el comercialismo de estos días. El sentimentalismo, frecuentemente alentado por la cultura que nos rodea, nos lleva a pensar que lo que sucedió en Navidad no fue más que una cosa bonita, como el nacimiento de cualquier bebito. El comercialismo, alentado por las empresas que se benefician de él, nos lleva a pensar que el mejor modo de entender y de celebrar la Navidad es gastando dinero y dando carreras de aquí para allá buscando un regalo para Mengano o Fulana. Tanto el sentimentalismo como el comercialismo nos ocultan el pleno sentido de la Navidad.

Lo que celebramos en Navidad es nada menos que la venida de Dios en persona al mundo que Dios creó. Desde que Dios dijo, «sea la luz», Dios estaba preparando el mundo para su venida. Y, como el pasaje que estudiamos nos da a entender, al prometerle un hijo a Acáz a través del profeta Isaías, Dios estaba también preparando el camino para su encarnación. Y lo mismo en cada

una de las muchas generaciones con las que empieza el Evangelio de Mateo. Lo que celebramos es que Dios mismo se hizo carne, que habitó entre nosotros.

Cuando, como Mateo, vemos la historia pasada a través de los lentes de la Navidad, vemos que toda esa historia era preparación y anuncio de lo que acontecería en Belén aquella primera Nochebuena. Vemos que en ese gran día todas las cosas viejas pasaron, porque todo era preparación para ese día, y el tiempo tan anhelado ha llegado. (Recuerde el himno «O ven, o ven, Emanuel», que dice «el Hijo, el deseado por todo tiempo y toda edad, en ti Belén nació».)

Lo que no debemos olvidar es que nuestras vidas todas han de vivirse a partir de la Navidad. Si, como vimos en la lección pasada, Jesucristo es la culminación hacia la cual apunta toda la historia, Jesucristo es también el patrón o paradigma que la vida ha de seguir a partir de entonces.

Es por esto que la estación de Navidad es

RECOMENDACIONES EDUCATIVAS

Entre las recomendaciones educativas que pueden servir de guía para el desarrollo efectivo de la clase, están las siguientes:

- Recuerde que, aunque la Navidad es tiempo de bullicio y de fiestas—y posiblemente por eso mismo—es también tiempo de estrés o tensión interna. Es muy posible que al llegar a la clase los participantes vengán agotados y agotadas por el continuo trajín de estos días. Hay que ir de compras. Hay que prepararlo todo para la cena de Nochebuena. Hay que mandarles tarjetas no sólo a nuestros amigos y familiares, sino a cuanta persona hemos conocido a través de los años. ¿Se me olvidaría alguien? ¿Qué le compro a Esperancejo, que ya lo tiene todo? Si compro tal cosa para Mengano, ¿me abochornará él con un regalo más caro? ¡Hay que poner el arbolito! ¡Y el nacimiento! ¿Tendré suficiente comida en la casa por si la gente de la iglesia me hace un «asalto»? Y si no vienen, ¿será porque no pensaron en mí? Hasta en la iglesia a veces andamos en las mismas: ¡Hay que preparar el drama de Navidad! ¡Y el concierto del coro de niños! ¡Y el culto especial de Año Nuevo! ¿Cómo nos las vamos a arreglar, puesto que Zutana, quien es la columna de la Escuela Bíblica, se ha ido a Nueva York a visitar la familia?

- A esto hay que añadir las tensiones y sentimientos de quienes todavía sufren la pérdida de algún ser querido y tienen que vivir entre tanta gente celebrando la alegría familiar. (Por algo es que la Navidad es el tiempo en que hay más suicidios.)

- Por todo eso, tenemos que esforzarnos para que la lección de hoy, en lugar de añadirles más tensión a los alumnos y alumnas, les ayude a ver más allá de la algarabía navideña. El modo en que haremos esto será subrayar las dimensiones cósmicas de la Navidad. La Navidad significa que, aunque yo no tenga qué comprarle a Mengano, aunque Esperanceja se moleste conmigo porque lo que le compré no le pareció bien, Dios está conmigo. Dios me invita a estar con Él en cuanta persona necesitada veo en torno. ¡Dios me invita a una cena mucho mejor que cualquier cena de Nochebuena que yo pueda preparar!

tan importante para la iglesia. Es la estación que marca el advenimiento de nuestro Señor. La Navidad es también, la estación que nos recuerda que a partir de entonces no estamos solos ni solas, sino que Dios es Emanuel, «Dios con nosotros». Como dijera un antiguo escritor cristiano (Clemente de Alejandría), «en el ocaso de aquella noche amaneció la eternidad». Y sobre todo, la Navidad nos recuerda que, como hijos e hijas de este Dios con nosotros, nuestro deber es encarnarnos como Dios se encarnó y, como Él, ir precisamente a aquellos lugares en los que se le desobedece y no se reconoce su señorío.

Concretamente, esto quiere decir que ya no podemos pensar que la vida transcurre aparte de la presencia de Dios. Este mundo en que vivimos es el mundo al cual Dios vino. Ciertamente, el mundo no le aceptó, y buena parte del mundo sigue viviendo como si la encarnación nunca hubiera acontecido. Pero lo cierto es que Dios vino al mundo, que el mundo es de Él, y que quienes nos llamamos por su nombre—los «cristianos»—hemos de vivir en el mundo como quienes lo sabemos. Cuando, a través de los lentes de la Navidad, vemos la luz, sabemos que esa luz fue creada para iluminar el pesebre de Belén. Cuando leemos la historia de Acáz y del profeta Isaías, sabemos que esa historia fue preámbulo o preludio para el nacimiento del Salvador. Cuando a través de esos lentes miramos el presente, sabemos que la creación entera se ha vuelto sagrada porque nada menos que Dios mismo ha venido a ella. La vida cristiana es vida en este mundo sacralizado por el Dios Emanuel.

Tristemente, no es así que los cristianos y cristianas hemos mirado al mundo y a nuestro prójimo. Si, como tan frecuentemente sucede, vemos corrupción en el mundo—corrupción política, explotación de los débiles, abuso de los indefensos—pensamos que, puesto que eso no es de Dios, lo que debemos hacer es apartarnos de ello. Cuando vemos una persona sumida en el pecado—como tantas personas que parecen vivir sin rumbo fijo, o como tantas otras que parecen vivir sólo para su propio bienestar—nos imaginamos que lo que Dios quiere es que nos apartemos de ellas, que no tengamos nada que ver con ellas.

Repasemos rápidamente la vida de este Jesús que nació en Navidad, y veremos que fue siempre una vida de presencia en medio de personas despreciadas, pecadoras y tenidas por indignas por las gentes puras y religiosas. Repetidamente le criticaron por comer y beber con los pecadores y los publicanos. En la sinagoga, en medio de gente preocupada por rendirle culto a Dios en toda su pureza, Jesús se ocupó de una mujer encorvada. Tocó a personas que la sociedad consideraba inmundas. Usó a un samaritano como ejemplo de enseñanza religiosa para un doctor de la ley—es decir, un hombre ducho en las Escrituras. La gente religiosa se escanda-

lizó cuando bendijo a una mujer conocida por sus malas costumbres. Hasta sus discípulos se sorprendieron viéndole hablar con una mujer samaritana.

Esa vida de Jesús, cuyo comienzo celebramos en nuestros días, no es sólo el cumplimiento de los patrones de la historia anterior, sino que ha de ser también el patrón para nuestras vidas hoy. Si Jesús vivió en medio de publicanos, ramera y pecadores, la iglesia hoy vive en medio de la misma clase de personas. Y esto quiere decir que, como las gentes religiosas de entonces, tenemos dos opciones. Una de ellas es dedicarnos exclusivamente a la religión, venir a la iglesia todo el tiempo, cantar muchos himnos y elevar muchas alabanzas, pero asegurándonos siempre de que la iglesia permanezca pura, que no se contamine por el contacto con personas impuras. Y la otra opción es, al mismo tiempo que asistimos a la iglesia, que cantamos himnos y elevamos alabanzas, asegurarnos de que tanto la iglesia como cada uno de nosotros y nosotras estemos a la disposición de los necesitados, de los pecadores, de aquellas personas a quienes la sociedad condena. ¿Cuál de estas opciones será la que Jesús quiere que sigamos?

Respecto a esto, preguntémonos: ¿Quiénes son las personas despreciadas a nuestro derredor? ¿Serán algunos inmigrantes? ¿Enfermos de SIDA? ¿Personas de vida familiar desordenada y descompuesta? ¿Qué paralelismos podemos ver entre tales personas y algunas de aquellas a quienes Jesús se allegó? ¿Qué hemos de hacer entonces?

Resumen

- Decir que Jesucristo es Emanuel—Dios con nosotros—es decir que no estamos solos o solas; que el mismo Dios que hizo el mundo, el mismo Dios que nació en Belén, sigue estando a nuestro alcance, en nuestro medio. Nuestro Dios es Dios encarnado, Dios hecho humano para la vida y la salvación de la humanidad.

- Y decir que Jesucristo es Emanuel quiere decir también que a nuestro Dios le servimos no sólo en el templo, en el culto y en la alabanza, sino también cuando nos hacemos parte de la sociedad que sufre, como Dios mismo se hizo parte de nuestro mundo en Jesucristo. Querer servir a Dios sólo en el templo implica que nuestro Dios no es el que se hizo carne en Jesucristo.

- Por tanto, la mejor celebración navideña es aquella en la que, firme la fe en el Dios que nació en Belén, nos encarnamos en la vida de la sociedad, y particularmente en el dolor y la necesidad de quienes nos rodean.

- Esto ha de tomar forma concreta. Por tanto, lo mejor es que en la Navidad no nos preguntemos, «¿qué le compro a Mengano, quien

parece tenerlo todo?», sino más bien, «¿qué podemos hacer por aquéllos que no parecen tener nada—o por quienes, al tiempo que parecen tenerlo todo, llevan vidas huecas, carentes de gozo y de sentido?».

Oración

Gracias, Dios nuestro, porque en Jesucristo viniste a morar en medio nuestro. Gracias porque en Él nos das gozo y salvación. Ayúdanos a ser fieles sirviéndote en aquellos lugares que parecen más desolados, más llenos de pecado, más carentes de gozo. Y en esos lugares, como lo hiciste en Belén, haznos ver tu rostro. Por Jesucristo, quien nació en Belén, quien nació en nuestros corazones, y quien es nuestra esperanza de vida. Amén.

LECTURAS DEVOCIONALES PARA LA PRÓXIMA SEMANA

Lunes

Proverbios 9.7-12

Miércoles

Salmos 90.11-17

Viernes

Mateo 2.1-6

Martes

2 Crónicas 1.7-12

Jueves

Proverbios 3.13-23

Sábado

Mateo 2.10-15